

## CAPÍTULO XI.

**Muy ridículo.**

Mr. Jaime Harthouse pasó toda una noche y todo un día presa de tanta agitación, que el gran mundo, el ojo armado del mejor lente, apenas hubiera podido reconocer en el joven al hermano del honorable y economista miembro del Parlamento.

Es positivo; estaba muy agitado. Hubo veces en que se expresó con tanta agitación, que se parecía en su manera de hablar al vulgo de los mártires.

Entraba y salía de una manera incomprensible, como el hombre que no sabe lo que hacer. Galopaba por las calles como un ladrón de carreteras. En una palabra: estaba tan aburrido, que se olvidaba hasta de que algunas veces el aburrimiento es de buen tono, que tiene ciertas reglas que practicar, prescritas por las autoridades competentes en materia de moda.

Después de haber lanzado su caballo en dirección á Cokeville, á pesar de la tormenta, como

si la ciudad sólo hubiese distado un paso, estuvo en vela toda la noche: de cuando en cuando tiraba del cordón de la campanilla con furia, reconviniendo al criado que servía en la fonda de haberle ocultado una carta ó un recuerdo que no podía dejar de haber recibido.

Sin embargo, se mostró la aurora, lució la mañana, avanzó el día, y no se recibió ninguna carta, ningún mensaje; Mr. Jaime Harthouse decide ir á la casa de campo. Allí sabe que Mr. Bounderby está ausente, y su mujer en la ciudad. Todos ignoraban que hubiese salido, cuando se recibió una orden para que no se esperase á la señora.

—¿Qué hacer? No tenía más recurso que seguirla á la ciudad; pero ni en su casa ni en la banca encontró á Mr. Bounderby ni á la señora Sparsit. ¡Verse reducido al extremo de tener que sentir la ausencia de aquel dragón con faldas!

—Á fe mía, que no sé dónde estará (dijo Tomás, que tenía razones personales para inquietarse con aquella ausencia). Salió al despuntar el día. Es una mujer que todo se vuelve misterio. La detesto. Es lo mismo que el albino de Bitzer, con sus ojos siempre guiñadores.

—¿En dónde estaba V. ayer tarde, Tomás?

—¿Que dónde estaba ayer tarde? ¡Pues me gusta! Esperándole á V. hasta el momento en que llovió como nunca he visto llover en mi vida.

¡Que en dónde estaba!... Á V. sí que podría yo hacerle esa pregunta.

—No pude venir.... Me detuvieron ciertos quehaceres....

—Entonces los tuvimos los dos. Los míos se redujeron á esperarle á V.: aguardé la llegada de todos los trenes, excepto el de la Mala. Como la noche era horrible, no me atreví á ponerme en camino para la quinta, y tuve que acostarme en la ciudad.

—¿Dónde?

—¿Dónde? En la cama, y en casa de Bounderby.

—¿Vió V. á su hermana?

—¿Cómo diablos había de verla si estaba á quince millas de aquí?

Maldiciendo de su suerte y de su joven amigo, Mr. Harthouse terminó aquella entrevista sin más ceremonia, preguntándose por la centésima vez qué quería decir todo aquello.

Sin embargo, una cosa le parecía bastante clara.

Estuviese Luísa en la ciudad ó fuera de ella; fuese que Harthouse hubiera hecho una declaración demasiado prematura después de haberse tomado tanto trabajo para comprenderla; fuese que á su dama le hubiese faltado valor, ó que todo se hubiese descubierto, ó que hubiera ocurrido un accidente, ó una equivocación incom-

preensible por el pronto, de todos modos sólo quedaba por hacer una cosa, y era esperar, para hacer frente á los sucesos, por graves que fuesen.

No le era posible abandonar la fonda en que todos sabían que paraba durante su permanencia en aquella región tenebrosa...., y después ya sucedería lo que estuviese escrito.

—Ya me espere un cartel de desafío, ó ya una cita ó reconvenções de la bella, voy á empezar por comer (dijo Jaime); Bounderby tiene sobre mí la ventaja de pesar más; y si ha de haber entre nosotros una explicación á la inglesa, no será malo que me prepare con un régimen sólido.

Llamó, pues, y dejándose caer muellemente en un sofá, mandó que le sirviesen la comida á las seis, y que no olvidasen un beefsteack. Mientras esperaba, mató el tiempo como mejor pudo, lo cual no era muy fácil, atormentado como estaba, pues á medida que pasaban las horas sin obtener la menor explicación, sus acumulados tormentos aumentaban exageradamente.

Sin embargo, tomó las cosas con tanta tranquilidad como es posible á la naturaleza humana, y volvió más de una vez á abrigar la idea de un desafío con Bounderby.

—Yo debía dar al camarero (dijo) una buena propina para que eche á rodar á mi adversario.

Un poco más tarde dijo:

—Mejor sería alquilar, en el momento crítico, un mocetón como un trinquete, que de un puñetazo le saltase la tapa de los sesos.

Pero todas estas bromas no servían de nada para distraer la preocupación de Jaime, y me veo precisado á confesar que le pareció el tiempo muy largo.

Le fué imposible, aun antes de comer, dejar de hacer frecuentes excursiones por los dibujos de la alfombra, mirar por la ventana, escuchar á la puerta cada vez que se oían pasos, y experimentar alguna inquietud cuando sentía que estos pasos se acercaban.

Pero después de la comida, cuando el crepúsculo sucedió al día, y después la noche al crepúsculo, sin que hubiese recibido ninguna comunicación, empezó á sentir lo que él llamaba todos los tormentos del Santo Oficio.

No obstante, siempre fiel á su convicción (la única que tuvo en toda su vida), de que en la indiferencia consiste el buen tono, se aprovechó de esta crisis para pedir bujías y un periódico.

Hacía media hora que estaba procurando leer, cuando apareció el camarero, y le dijo con tono á la vez humilde y misterioso:

—Ahí está una persona que pregunta por V.

Un vago recuerdo, que era la fórmula empleada allí por los agentes de policía cuando iban á apoderarse del hilo de alguna trama, hirió la

mente de Mr. Harthouse, que preguntó al camarero:

—¿Quién me busca?

—Una señora joven, que quiere hablar con V.

—¿Dónde está?

—Allí fuera.

—¿Pero dónde?

—Al otro lado de la puerta.

—Que el diablo cargue contigo, imbécil,— exclamó Mr. Harthouse, que se precipitó en el corredor, en donde vió en efecto á una joven, á quien no conocía, vestida con sencillez y de un rostro muy lindo. Al conducirla á su habitación, y al ofrecerle una silla para que se sentase, observó á la luz de las bujías que era mucho más linda de lo que le había parecido al principio. Tenía un aire muy inocente, era muy joven, y muy agradable la expresión de su fisonomía.

No tenía miedo de él, y de ningún modo parecía turbada; únicamente se preocupaba con el objeto de su visita; diríase que se olvidaba de sí misma, para pensar en esto únicamente.

—¿Es el señor Harthouse á quien hablo?—dijo cuando estuvieron solos.

—Sí, señora.

Jaime añadió aparte:

—Y le hablas con los ojos más tranquilos que he visto en mi vida, y la voz más segura de cuantas he escuchado.

—Si no sé á punto fijo...., y reconozco en esto mi ignorancia, lo que le obliga á V. su honor de caballero en muchos casos (dijo Ceci), creo al menos poder contar con ese honor para guardar el secreto de mi visita y de lo que voy á decirle. ¿Me empeña V. su palabra?....

—La empeño, señora.

—Ya ve V. que soy muy joven; ya ve V. que vengo sola, y, al presentarme aquí, únicamente mi esperanza me ha dado consejo y valor.

—Se comprende que esa esperanza es demasiado viva (pensó Mr. Harthouse, siguiendo la rápida mirada que Ceci alzaba al cielo). ¡Vaya un principio! No sé adónde iremos á parar.

—Creo (dijo Ceci) que habrá V. adivinado de qué persona acabo de separarme.

—Hace veinte y cuatro horas, horas que me han parecido siglos, que estoy en la mayor ansiedad, en la mayor inquietud, respecto á cierta señora. La esperanza que he podido concebir razonablemente de que viene V. de parte de esa señora, ¿no es fundada quizás?

—Me he separado de ella hace una hora.

—¿La ha dejado V. en casa de?....

—Su padre.

El rostro de Mr. Harthouse se dilató á despecho de su sangre fría, y aumentó su sorpresa.

—No sé adónde vamos á parar,—dijo para sí.

—Llegó á casa de Mr. Gradgrind anoche,

cuando la tempestad era más fuerte. Estaba muy agitada, y pasó toda la noche en un estado de insensibilidad. Yo vivo en casa de su padre, y he permanecido á su lado. Puede V. estar seguro, caballero, de que no la vuelve á ver en su vida.

Admirado Jaime, suspiró profundamente; y si habéis visto alguna vez á un hombre reducido á no saber qué decir, ese hombre era Mr. Harthouse.

El candor infantil de Cecilia, su modesta intrepidez, su sinceridad, su vehemencia, su completa abnegación para olvidarse de sí propia y pensar únicamente en el objeto de su visita; todo esto, unido á su fe sencilla, en una promesa al aire, que casi sentía vergüenza de haberla hecho, daban á aquella entrevista un carácter que le era tan poco familiar, que se sintió desarmado, y no tuvo una sola palabra para defenderse.

Acabó, sin embargo, por decir:

—Una noticia como la que me da V., expresada con tanta confianza y por tan lindos labios, me desconcierta, en verdad, más de lo que V. puede figurarse. ¿Me permite V. que le pregunte si ha recibido encargo de la señora en cuestión para expresarse en los términos que lo ha hecho?

—No me ha dado encargo alguno.

—El hombre que se ahoga, se agarra á un clavo ardiendo. Sin poner en duda la sinceridad

de V., permítame decirle que aún alimento la esperanza de que no todo está perdido, y que no se me condena á destierro perpetuo.

—No hay la menor esperanza. Mi principal objeto al venir á esta casa ha sido asegurar á V. que es preciso renunciar á toda idea de volverla á hablar, ni más ni menos que si hubiese muerto ayer noche al entrar en casa de su padre.

—¿Que es preciso renunciar? ¿Y si yo no pudiese, ó si por acaso tuviese el defecto de ser muy testarudo, y no quisiera renunciar?

—No por eso sería menos cierto que ya no queda esperanza.

Jaime Harthouse la miró con una sonrisa incrédula; pero Cecilia no hizo alto en ella, porque se hallaba absorbida por más serios pensamientos.

Jaime se mordió los labios, y reflexionó un instante.

—Pues bien (dijo); si desgraciadamente acabase por reconocerlo, después de los pasos que debo dar para asegurarme, y me veo reducido á una situación tan desesperada como esa prohibición perpetua, no me constituiré en perseguidor de esa señora. Pero ha dicho V. que no le ha dado ningún encargo.

—Solo he pedido consejos á la amistad que mutuamente nos profesamos. No tengo otro título

que me recomiende á V. más que mi conocimiento de su carácter y de las circunstancias de su casamiento. ¡Ay, Mr. Harthouse! Creo que también V. ha conseguido penetrar estos misterios.

Se sintió conmovido por el fervor de aquel llamamiento, conmovido hasta el fondo de la cavidad en que debiera hallarse su corazón, si lo hubiera tenido alguna vez.

—No sé lo que se llama un individuo moral (dijo); y nunca he procurado hacerme pasar por uno de ellos. Soy tan inmoral como se puede ser; y, sin embargo, si he causado la pena más leve á la señora que es objeto de esta conversación; si la he comprometido de un modo desdichado; si me he dejado arrebatado hasta el punto de manifestarle sentimientos que no están completamente de acuerdo con... con eso que se llama el hogar doméstico; si me he aprovechado de que su padre es una máquina y su hermano un mequetrefe, ó de que su marido es un bestia, me apresuro á asegurar á V. que en todo esto no me ha llevado ninguna mala intención. He corrido de un extremo á otro sin apercibirme de ello, sin reparar en que el índice de los capítulos de culpas podría ser tan largo. Ahora que lo observo, he comprendido que, en efecto, hay materia de sobra para hacer una novela en varios tomos.

Aunque habló de todo esto en el tono frívolo

que le era peculiar, se advertía bien que por esta vez pretendía dar un barniz decente á una superficie bastante fea. Se calló un momento, y después continuó con más sangre fría, aunque con ese aire de descontento que nunca hubiera podido disimular:

—Después de la comunicación que acaba V. de hacerme de tal modo que es imposible toda duda, no sé de qué otros labios hubiera podido aceptarla tan fácilmente. Posible es que yo no deba volver á ver á esa señora, y, en ese caso, lo único que sentiré, es haber llevado las cosas tan lejos para....; pero me es imposible prometer que llegué á ser con el tiempo lo que se llama un hombre moral, ó que crea ni remotamente en la existencia de ese fénix fabuloso.

El rostro de Cecilia indicaba bastante que aún no había terminado su misión.

—Me ha dicho V. (continuó Harthouse, cuando Cecilia fijó en él otra vez sus ojos) que éste era el objeto principal de su visita. Debo, pues, presumir que le ha traído otro secundario.

—Sí.

—¿Será V. tan buena que me lo indique?

—Mr. Harthouse (respondió Ceci con mezcla de dulzura y de severidad, y persuadida de que le vería hacer sin vacilar todo lo que exigiese de él); la única reparación que de V. depende, es abandonar la ciudad al instante y para siem-

pre. Estoy completamente convencida de que no puede V. hacer más terrible el mal que ha causado. No diré que sea esto gran cosa; pero, en fin, siempre es algo, y no hay medio de obrar de otra manera. Así, pues, aunque no tengo otros títulos que invocar más que los que V. ya conoce, y todo esto no pasa más que entre V. y yo, le pido que abandone la ciudad esta noche misma, y que me prometa no volver más.

Si hubiera procurado ejercer sobre él otra influencia además de la verdad de sus palabras y la rectitud de sus intenciones; si hubiera manifestado con la mejor voluntad del mundo la menor reserva ó el más leve fingimiento; si hubiese demostrado ó sentido el más ligero temor de exponerse á las bromas, á las reticencias ó á las objeciones de Mr. Harthouse, éste hubiera conseguido ventajas en seguida. Pero toda su destreza no hubiera conseguido turbar el alma cándida y confiada de Ceci, como no hubiera conseguido alterar el azul del cielo contemplándolo con extrañeza.

—Pero (preguntó con bastante embarazo) ¿comprende V. la importancia de lo que me pide? Probablemente V. ignora que estoy en este país por un negocio público, y muy ridículo en sí mismo; pero que me he comprometido á llevarlo á buen término, y por cuyo buen resultado me dejaría hacer pedazos; mas no porque V. lo

ignore deja de ser un hecho real y positivo.

Nadie hubiera dicho que Ceci había prestado atención á aquellas palabras.

—Además (prosiguió Harthouse, dando algunos pasos por la habitación); es imposible representar un papel más absurdo. Esto es llenar á un hombre de ridículo para toda su vida; no he hecho yo tantos sacrificios para retirarme de un modo tan incomprensible.

—Sin embargo, es la única reparación que de V. depende, caballero; estoy completamente convencida. De otro modo, no hubiera venido aquí.

Volvió á mirar el rostro de Ceci, y continuó paseando.

—Palabra de honor que no sé qué hacer. Esto es inmensamente absurdo.

Le había llegado el turno de capitular para xigir el secreto.

—Si me decidiese á hacer una cosa tan ridícula (dijo, apoyándose en la chimenea), no podría ser sino ofreciéndome la discreción más absoluta.

—Tengo confianza en V., y V. debe tenerla en mí: confianza por confianza.

La posición que ocupaba delante de la chimenea le recordó su entrevista con el mequetrefe. Era la misma chimenea, y no pudo dejar de ocurrírsele que él era el verdadero mequetrefe en aquella ocasión.

—Á fe mía que pocos se habrán visto en situación más ridícula (dijo, clavando los ojos en la alfombra, y después en el techo, riendo, frunciendo el entrecejo, separándose de la chimenea y volviendo á ella); pero no veo otro medio que marcharme. Supongo que eso será lo cierto, y lo que está escrito se cumple siempre.

Ceci se levantó. Este resultado no le sorprendía; pero estaba muy satisfecha, y su rostro resplandecía de contento.

—Me permitirá V. añadir (continuó Jaime), que dudo de que ningún otro embajador ni ninguna otra embajadora hubiera podido gloriarse del mismo éxito. Declaro que, no solamente me ha colocado V. en una posición muy ridícula, sino que también me ha derrotado en toda regla. ¿Me hará V. el favor, al menos, de decirme el nombre de mi victoriosa enemiga?

—¿Mi nombre?—preguntó la embajadora.

—Es el único que puede interesarme.

—Cecilia Jupe.

—Puesto que voy á partir, perdone V. mi curiosidad. ¿Es V. de la familia?

—No soy sino una pobre muchacha (replicó Ceci), abandonada en mi infancia....; mi padre no era más que un titiritero; me recogió mister Gradgrind, y desde entonces he vivido con ellos. Cecilia había desaparecido.

—Sólo faltaba esto para completar mi hastío

(dijo Mr. Harthouse, dejándose caer con abandono en el sofá, después de haber permanecido un instante inmóvil como una estatua). Mi vergüenza es completa. ¡Una muchacha abandonada! ¡Una hija de un titiritero! El ridículo de que me he cubierto forma una pirámide interminable.

Y á propósito de pirámide, le ocurrió la idea de recorrer el Nilo. En seguida cogió una pluma, para escribir á su hermano la siguiente carta:

« Querido Jack : todo ha concluído respecto á Cokeville; me aburro demasiado, y dejo el puestto.—Tu afectísimo, JAIME. »

Llamó.

—Que venga mi criado.

—Ha ido á acostarse, señor.

—Dígale V. que se levante y que haga los baules.

Escribió otras dos cartas : la una para mister Bounderby, anunciándole que dejaba el país, é indicándole dónde se le podría hallar durante quince días, y la otra con el mismo objeto á mister Gradgrind. Apenas se había secado el lacre en los sobres, y ya Jaime había dejado tras sí las largas chimeneas de la ciudad, instalado en un vagón del ferrocarril, que galopaba y resplandecía al través del paisaje sombrío.

Los moralistas podrían imaginarse que mister Jaime Harthouse hizo algunas reflexiones consoladoras, á propósito del recuerdo de aquella

retirada, una de las más extrañas acciones de su vida, que no llegó á ser una especie de compensación para las demás, y que había servido de desenlace á un negocio bastante feo; pero no las hizo. Un profundo sentimiento por no haber conseguido más que ponerse en ridículo; lo mucho que de él se reírían los hombres de su especie si se decidiese á contarles la aventura : en esto únicamente pensó, es decir, en un tormento más. Tanto, que la acción más laudable de su vida, ó poco menos, fué justamente la que ocultó con más cuidado, porque era la de que más se avergonzaba.